

MUJERES INDIAS DE LA CONQUISTA EN DON JOAN DE CASTELLANOS (II)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

— XIX —

LA BURLA DE LA VIL ENAMORADA QUE PARA VERSE LIBRE NO FUE NECIA

El natural regocijo y riente de don Joan de Castellanos cuando se presenta la ocasión, halla motivo de buen humor y de jolgorio que disimula casi siempre bajo el peso de la erudición clásica. En las duras veladas de campaña o en las tranquilas de Tunja, ¿quién con más sal que él condimentaría sus cuentos y más seriamente los llenaría de sabrosos embustes, quién tendría salidas más ingeniosas y soltaría donairosos decires que el socarrón Beneficiado?

Son numerosos los *cuentos y facecias* que se leen en las *Elegías*, algunos del más fino humor, otros de tan subido color y desvergüenza, que no están ciertamente de acuerdo con la gravedad de los hábitos que vestía (1).

De los primeros es un ejemplo el cuento del portugués y la india Teresa que copiamos en su integridad. Un resumen en prosa quitaría toda la gracia al episodio que es realmente delicioso.

*Y pues pintamos indios fugitivos,
Quiero decir de cierto lusitano
Una maña donosa muy reída,
Que para huír tuvo su querida.*

*Era india bozal, mas bien dispuesta;
Y el portugués, que mucho la quería,
Con deseo de vella más honesta
Vistióle una camisa que tenía;
Hízola baptizar, y con gran fiesta
Debió celebrar bodas aquel día:
Que en entradas vergüenza se descarga
Para poder correr a rienda larga.*

(1) II, 39; 202; 416; 577 s.; III, 51 s.; 193; 500; IV, 172 s.; 444.

*Estaban en zavana de buen trecho,
Y llegada la noche muy oscura,
El portugués juntóla con su pecho
Para poder tenella más segura;
Ambos dormían en pendiente lecho,
Según uso de aquella coyuntura;
Fingió la india con intento vario
Ir a hacer negocio necesario.*

*Levantóse del lusitano lado,
Y sentóse no lejos dél, que estaba
Los ojos en la india con cuidado
De ver si más a lejos se mudaba;
Siendo de su mirar asegurado
Viendo que la camisa blanqueaba
La india luego que la tierra pisa
Quitóse prestamente la camisa.*

*Y al punto la colgó de cierta rama,
Por cebo de la vana confianza;
Aprestó luego más veloz que gama
Con el traje que fue de su crianza:
El pensaba lo blanco ser la dama;
Mas pareciendo mal tanta tardanza,
Le decía "Ven ya, niña Tereya.
A os brazos do galán que te deseya".*

*Y también miña Dafne le decía
Teniéndose quizás por dios Apolo;
Y agora no lo fue, pues que no vía
A la que lo dejaba para tolo;
Estenderá los rayos con el día,
Para que pueda ver el rastro solo:
Que agora tanto nublo se le pega
Como a los moradores de Nuruega.*

*Faltó también la lumbré de la hermana,
Que fue para su Dafne gran seguro,
Quiero decir, la lumbré de Diana
Que suele deshacer lo más oscuro:
No se tornó laurel, tornóse rana, (1)
Por ser también el agua de su juro,
Y ser la lijereza de la perra
No menos en el agua que en la tierra.*

*Viendo no responder, tomó consejo
De levantarse con ardiente brío,
Diciendo, "¿Cuidas tú, que naon te veyo?
Véyote muito bein per o atavio"
Echóle mano, mas halló el pellejo
De la querida carne ya vacío;*

(1) *Dafne*, hija del dios fluvial Peneo, rechazó el amor de Apolo. El dios la persiguió y Gea (la tierra), compadecida, abrió su seno y la ocultó. En este mismo lugar creció un verde laurel, árbol consagrado a Apolo.

*Tornóse pues con sola la camisa
Y más lleno de lloro que de risa.
Y la moza, más suelta que Atalanta,
Alcanzó de su curso los extremos;
Del lago que decimos no se espanta,
Ni de las bravas ondas que le vemos:
Llegó a las barbacoas la gigante,
Haciendo de sus diestros brazos remos,
Pues allí las mujeres y varones
Son en nadar más diestros que tritones. (II, 17 a 19).*

Las indias de Venezuela,

*Son mujeres de tanta hermosura,
Que se pueden mirar por maravilla,
Trigueñas, altas, bien proporcionadas
En habla y en meneos agraciadas.*

*No falta gentileza de Deidamia,
Ni belleza que las antigüedades
Quisieron colocar en Hipodamia,
Con otras apacibles cualidades;
Mas no sin deshonor ni sin infamia
En cumplir deshonestas voluntades,
Pues apenas veréis do no se tope
El ardiente lascivia de Sinope. (II, 21).*

Ejemplo de fidelidad conyugal fue la india hija de Bubur, compañera de Francisco Martín que viéndose perdido se hizo indio entre los indios, vistió su desnudez y se hizo pasar por uno de ellos. Hallado por los españoles los introdujo en tierras del cacique. Declaró a los naturales su condición como también a los suegros que

*Ni deseaban yerno por vecino
Que supiese jamás andar vestido;
Mas cuando se partió y el tiempo vino
Que su deseo viese ya cumplido,
Sirviendo quiso ir por el camino
La hija del Bubur a su marido;
La cual india salió tan comedida,
Que le sirvió muy bien toda su vida. (II, 121).*

Las maniriguanas eran mujeres sueltas y guerreras,

*Lindos ojos y cejas, lisas frentes,
Gentil disposición, belleza rara,
Los miembros todos claros y patentes,
Porque ningún vestido los repara. (II, 202).*

La madre del mestizo Francisco Fajardo, natural de Margarita, fue reina de la isla, se llamaba doña Isabel, *señora principal, mujer bastante a quien todos respetaban*. La circunstancia de que Francisco viniera acompañado de su madre fue suficiente para que los indios lo recibieran en paz y pudiera fundar el pueblo de San Francisco. (II, 250).

Si hemos de creer a Castellanos, las indias de Cartagena eran de *grande hermosura* (III, 13). En la conquista de esta provincia les sirvió la india Catalina que trajeron de Santo Domingo.

*En lengua castellana muy ladina
Y que la destas gentes entendía.* (III, 26).

En la provincia de Buriticá hallaron rico botín, no encontraron sin embargo el tesoro del cacique,

*Mas su mujer prendieron con dos hijas:
Era moza de cuerpo bien dispuesto
Y de hermoso y agraciado gesto.* (III, 168).

La Gaitana, india llamada así por los españoles, es símbolo de la resistencia indígena contra el invasor. Si se tiene en cuenta la extensión que le da Castellanos al relato de la venganza de esta mujer, *revestida en furias infernales* contra Añasco por haberle apresado al hijo que no quiso servirle como vasallo, podemos entender la impresión que produjo en el cronista este sangriento episodio. Parte del capítulo V, el VI, VII y VIII de la *Historia de Popayán* están destinados a contar las hazañas de esta valerosa mujer. (III, 383-462).

Entre los catíos son

*Honestísimas todas las mujeres,
Gallardas y de bellos pareceres.* (III, 530).

La expedición de Gaspar de Rodas contó con los servicios invaluable de indias que les advertían oportunamente los peligros. Cuando llegaron a tierras de Cuisco, Araque y Guacucevo fueron recibidos con fingidas muestras de amistad, pero la fiel Inés, india ladina y criada de Alvar Sánchez, les reveló que contra ellos venían bravos escuadrones *y los que nos regalan son espías* que buscan un descuido para lograr su intento. (III, 590). Otra india, *quizá de buen espíritu movida* les anunció el ataque preparado por los indios contra la ciudad de San Juan de Rodas (III, 599). Igual conducta observó *una muy gallarda moza, hermana de Agrazava*, quizás movida por compasión o por otros respetos amorosos (III, 609). Cuando descansaban los compañeros de Gaspar de Rodas en Cáceres se vieron en peligro por la ofensiva del cacique Omagá, pero

*Dieron aviso deste movimiento
Indias nacidas en aquel terreno
Que servían a nuestros españoles.* (III, 686). Véase III, 688.

En la expedición de Jiménez de Quesada para el descubrimiento del Nuevo Reino, *solas tres indias iban de servicio*, (II, 450). Gonzalo Suárez pasó el río Ariguaní y organizó una partida de caza,

*Estando pues con este regocijo,
Una india, tendidos los cabellos
Que debió de huir en el cortijo
Cuando los enlazaron por los cuellos,
Con amor entrañable de su hijo
Se llegó sin temor a todos ellos;
Y admirados de ver cosa tan nueva,
Deseaban saber qué causa lleva.*

*La cual, como con otros lo vio vivo,
En brazos lo tomó con ansia viva,
Y con aquel ardor caritativo
Que de todo temor a muchos priva,
Dijo: "Pues eres, hijo, tú captivo,
No quiero yo huir de ser captiva,
Ni dejaré de ir donde tu fueres,
Y allí moriré yo donde murieres". (II, 451).*

Sintieron tal compasión cuando ladinos tradujeron las palabras de la madre, que no solamente le dejaron al hijo sino también a todos sus deudos y vecinos, reservando solamente a un viejo que les sirviera de guía.

Las indias que habían salido de la costa con los expedicionarios les sirvieron de intérpretes y así fueron recibidos por muchos y por muchas que como todas, comúnmente amicisimas son de novedades y no poco salaces y lascivas. (IV, 197 s.).

Por tierras de Tecua, en los confines de los Moscas,

*dieron en una casa, do tomaron
quince personas de promiscuo sexo,
entr'ellas una india que doquiera
pudiera ser juzgada por hermosa,
gentil disposición y rostro grave;
cosa común a todas las que tienen
de su beldad alguna confianza.
A esta le llamaron Cardenosa,
por una dama que ellos conocieron
en la costa del mar de Santa Marta. (IV, 221).*

Pasado el río de las Guacamayas, dieron con una india de quien dice

Diego Ortiz

*ser en disposición y gallardía
y en rútilo color purpúrea rosa;
ojos serenos, claros, rostro grave,
con las demás facciones respondientes
a perfección de cándida pintura,
cuales se suelen dar en los poemas
a las hermosas ninfas y nayades
en culto y atavío de su tierra,*
.....

*Murénula de oro rodeaba
el gárceo cuello con maures ricas
(que son zarcillos hechos a su modo),
y otras algunas joyas que mostraban
ser principal señora de aquel suelo. (IV, 304 s.).*

Las indias guanes

*eran a las demás aventajadas
en la disposición y hermosura,
aire, donaire, gracia y atavío. (IV, 317).*

Finalmente recordemos el triste fin de Francisco Muñoz que con codicia temeraria tomó una moza bien dispuesta sin contar que allí estaba su marido. Una flecha envenenada vengó el ultraje. (IV, 374).